

Sumario

4

EDITORIAL



6

LA EXPERIENCIA ES SIEMPRE NUESTRA EXPERIENCIA. ENTREVISTA A GLORIA CALVO.



10

PAJAREANDO ANDO.



14

ARÁNDANOS, UNA OPORTUNIDAD PARA APRENDER Y TRABAJAR EN EQUIPO



17

VOLVER A HACER PARTE A TRAVÉS DEL BAILE FINAL



22

FUTUROS LECTORES PENSAR



24

APRENDER A RAZONAR, APRENDER A PENSAR



Pajareando ando

Resumen 

Palabras Clave: Biología, aves, taxonomía, medio ambiente.

1. O dos; si se piensa en el verde campus de la Universidad Nacional de Colombia.

Vista desde arriba, como la ha de ver Dios si existe y está sentado en los cielos como dicen, o como la puede ver quien tiene un mapa de ella extendido frente a sus ojos, Bogotá tiene un corazón verde¹. A este corazón — que es un bosque— lo conforman el Parque Simón Bolívar, el Parque El Lago, el Parque El Salitre, el Jardín Botánico y—en una modesta, mas importante medida— el Instituto Técnico Industrial Francisco José de Caldas.

Aunque verde, este corazón es urbano; aunque bosque, esta zona no es frecuentada por mamíferos distintos al hombre y sus domesticados animales de compañía. Cosa distinta sucede con las aves, que tienen en esta zona de Bogotá su hogar o una reparadora estación en su largo viaje migratorio.

Hace años, sin embargo, un pájaro desprevenido, creyendo amigable todo ese bosque

que desde el cielo veía, podía encontrar la muerte a manos de un estudiante armado con una cauchera que, para su solaz, se entretenía matando aves ante la mirada indolente de los docentes del Francisco José de Caldas. Eso sucedía hasta que llegó Nancy. Ahora, los estudiantes que toman su curso de Biología, cada uno, “tiene un ave”: Nancy asigna a cada uno un ave de entre las aves que visitan o viven en el colegio. Cada estudiante debe estudiar su ave, debe observarla, debe aprender sus características particulares.

“Mi ave es el colibrí” dice Juliana, flanqueada por Andrés y David, amigos y compañeros suyos, los tres sentados dando la cara al sol de la tarde que termina. Y habla del colibrí con la propiedad de un ornitólogo. También lo hace Andrés sobre el [chamón parásito](#), para burla de sus amigos. Y es que no hay muchas razones para estar

orgullosos de tener como ave al chamón (ave que come los huevos de otras aves dejando luego los suyos, para que ellas cuiden a sus polluelos y les alimenten). David apunta —también con la propiedad de un ornitólogo— que esa ave es responsable —en parte, no hay que ser injustos con el chamón— del éxodo del [copetón](#), diminuto rey de los cielos bogotanos en otro tiempo, exiliado ahora en pueblos más tranquilos, menos ruidosos, lejos de los chamones.

Es sorprendente escuchar a estos jóvenes de noveno grado del colegio Francisco José de Caldas hablar de las ligeras diferencias entre la hembra y el macho colibrí (“la hembra tiene una mancha en la oreja, y una pequeña mancha en el pecho, es lo único que los diferencia” nos cuenta Juliana); de si esta o aquella ave canta o no canta cuando se va a aparear; de colores de plumajes.

Instituto Técnico Industrial Francisco José de Caldas

Lo invitamos a realizar un recorrido y conocer algunas de las aves que visitan el colegio haciendo clic en los localizadores.

Entrada principal



Cra 68

Cll 63

Palomo, Tercaza o abuelita. (Zenaida macroura)
Es una especie común en Bogotá y en otros departamentos de la zona andina. Se alimenta principalmente del néctar de flores erectas u horizontales. Su principal alimento son los insectos.



Es la hora del descanso, y mientras al sol estos tres jóvenes hablan de aves, sus compañeros del colegio juegan al fútbol o conversan. “Cuando termine el descanso – nos dice Nancy Tovar – van a poder ver las aves que vienen a comer las boronas que los muchachos dejan caer al suelo”.

Cuando Nancy llegó a trabajar al colegio inició un proceso de concientización de los estudiantes, no solo para que dejaran de matar las aves con sus caucheras, sino para que las valoraran. “Tristemente somos personas muy ignorantes..... las aves nos sirven para muchas cosas– nos dice Juliana; luego de reflexionar unos segundos, agrega– Y no solo eso: las aves necesitan también de nosotros para sobrevivir”.

Eso lo tienen muy claro los estudiantes del Instituto Técnico Francisco José de Caldas, especialmente aquellos que toman el curso de Biología con Nancy: divididos en grupos deben encargarse de dos árboles de los muchos que hay sembrados en el colegio: a uno deben regarlo, platearlo (¡y qué dulce oír decir ese verbo a un niño, con tanta naturalidad, en una tarde de sol en Bogotá!), deben cuidar de él, en suma. En el otro árbol, los estudiantes tienen que entretener un comedero que es también una casa para las aves.

En esta tarea puede faltar orden, mas no voluntad ni amor: “Este es un trabajo donde tenemos que [trabajar en equipo](#), cosa que a veces no hacemos porque a veces no le echamos agua al árbol y se nos olvida – dice Juliana sonriendo– pero nosotros como que ¡ay! ¡Tenemos que echarle

agua al árbol!’ Y le echamos, así otro ya le haya echado, nosotros no preguntamos”.

Y si los estudiantes no preguntan si alguien ya regó árbol es porque han asumido que el árbol es una responsabilidad suya: “hemos aprendido el crecimiento personal, a asumir más nuestras responsabilidades” nos dice David.

Lo mismo sucede con el aprendizaje, que se ha dado de manera espontánea: “ella [Nancy] nos ha compartido su conocimiento – dice Juliana–, y nosotros también hemos aprendido por sí solos.”

Tal vez sea este el punto clave del proyecto educativo que es liderado por la profesora Tovar y seguido entusiastamente por sus estudiantes: mucho del conocimiento logrado por ellos en la clase de biología, y que exponen con tanta solvencia y gracia en la conversación, ha sido logrado por ellos mismos gracias a la observación y a la experiencia. En un principio, este proyecto se llamó “espiando aves” y en eso consiste en parte el proyecto: los estudiantes tienen que observar las aves, fotografiarlas, contarlas a veces (muy temprano a la golondrina que es madrugadora, con tiento al colibrí que se va veloz volando), y es así que los jóvenes han aprendido del dimorfismo sexual de los colibrís, de sus hábitos de apareamiento y alimenticios, de su plumaje. Es así que han visto las dos pequeñas manchas que diferencian al colibrí hembra del colibrí macho. Es así que han visto como los chamoses se comen los huevos



2. La Comunidad de Práctica se puede entender como un conjunto de personas que aprenden y aplican conocimientos y experiencias provenientes de la experiencia, mediante el compartir gremial, y la asociación en torno a intereses comunes para así solucionar problemas concretos” (Barragán, 2016).

de otras aves para dejar los suyos en su lugar en el nido. Es así que saben que a las golondrinas les gusta el frío y la lluvia.

En esto, el proyecto de la profesora Nancy Tovar se asemeja a una [comunidad práctica](#)²: los muchachos son por ella instruidos en conceptos de biología y taxonomía, y observan por ellos mismos —en los prados sembrados de árboles de su propio colegio— las características de las aves; mucho mejor, por supuesto, que si lo hicieran en las páginas de un libro o en las pantallas de un computador o de un teléfono inteligente. Gracias a que los estudiantes deben observar las aves, y filmarlas, y fotografiarlas, y construirles casas y bebederos, aprenden conceptos de biología y de taxonomía, que comparten, que se enseñan unos a otros, y que aplican en la práctica: el Francisco José de Caldas ha ganado concursos en avistamiento de aves. La profesora Nancy prefiere llamar “proyecto de aula” al trabajo que hacen ella y sus estudiantes, ya que vincula el contenido de sus clases con un proyecto.

¿Y cuáles han sido los frutos de este proyecto de aula? Oír hablar un rato a Juliana, a David y a Andrés basta para verlos: los temas de la clase de biología han sido aprendidos por ellos cabalmente y con gusto, tan bien que los estudiantes del Francisco José de Caldas han compartido su conocimiento con estudiantes de otros colegios, han servido de guías para el avistamiento de aves, han realizado [proyectos audiovisuales](#) relacionados con el proyecto. Pero no solo eso: en un proyecto investigativo lateral

de la profesora Nancy Tovar — en el que participaron también sus estudiantes— se cuantificó la población de aves del colegio y se estableció que la misma había aumentado considerablemente en la última década (esto gracias también, hay que decirlo, al trabajo en equipo entre el Instituto y el Jardín Botánico que ha permitido la siembra, en predios del colegio, de árboles que sirven de alimento a los pájaros: eugenias y [algarrobos](#), por ejemplo)

Así que ya los pájaros que vuelan por sobre el corazón verde de Bogotá, ya no caen en una trampa cuando se posan en uno de los cada vez más numerosos árboles del colegio, ya no los espera una cauchera, sino un comedero, y agua y abrigo que han sido dispuestos con amor por los niños. Este es el principal fruto del proyecto educativo de Nancy Tovar; según ella misma, el verdadero logro ha sido que los niños aprecien las aves y gocen aprendiendo de ellas: “que los chicos logren motivarse a eso y lo hagan con el agrado que lo hacen”.

Por eso es tan bello el nuevo y sonoro nombre del proyecto, “pajareando ando”, si se tiene en cuenta que la primera acepción del verbo pajarear en el diccionario es la de “cazar pájaros”.

Referencias

Barragán, D. F. (2016, Diciembre 19). Comunidad de práctica y educación. (M. González, entrevistadora)

